

Una interpretación de la Historia de Cuba desde el 2001

Dr. Armando Hart Dávalos




PENSAMIENTO

**Una interpretación
de la Historia de Cuba
desde el 2001**

Dr. Armando Hart Dávalos

Expreso aquí mis opiniones acerca de los fundamentos en virtud de los cuales a Cuba le ha correspondido, no obstante su pequeñez geográfica y limitados recursos naturales, desempeñar un importante papel internacional especialmente en la segunda mitad del siglo XX. Es necesario estudiar las razones de este hecho pues no se trata de un milagro ni tampoco es cuestión exclusiva de que el país ha sido conducido por el inmenso talento de Fidel Castro. Así quisieran verlo quienes piensan que con su desaparición física desaparecería también el llamado "caso cubano". La cuestión es más compleja. El mérito de Fidel radica en haber asumido y sintetizado la singular experiencia histórica de Cuba, acumulada en una evolución de doscientos años.

El análisis de la historia se enriquece y completa con cada etapa transcurrida. En el inicio de un nuevo siglo y un nuevo milenio, constituye una obligación y una necesidad llevar a cabo, desde la perspectiva actual, ese análisis que nos permita arribar a una síntesis de lo ocurrido en las dos últimas centurias, desde los tiempos forjadores de la nacionalidad hasta nuestros días. Constituye también un compromiso internacional investigar y descubrir las claves que hicieron factible y necesario el papel desempeñado por el país en la segunda mitad del siglo que acaba de finalizar. Por otra parte el conocimiento profundo que las nuevas generaciones tengan, como memoria colectiva, acerca de nuestra evolución y desarrollo como nación independiente, constituye un elemento esencial para la garantía de la continuidad de la Revolución.

La existencia y fortaleza de la nación cubana han estado siempre fundamentadas en la unidad política del pueblo trabajador. Este país, desde el proceso de gestación de la nación y en su recorrido hasta nuestros días, debió enfrentarse a las más diversas y complejas contradicciones internacionales. Dos hombres hicieron posible la unidad nacional: José Martí, que en el siglo XIX la hizo cristalizar a partir de un ingente esfuerzo político y cultural y Fidel Castro que al evitar que "el Apóstol muriera en el año de su centenario" (1953) -como dijo en el juicio seguido por el asalto a la segunda fortaleza militar del país- hizo crecer la memoria del Maestro y le extrajo a su pensamiento vivo y profundo todas las lecciones necesarias para hacer verdaderamente independiente la patria.

En la próxima centuria, la perdurabilidad y fortaleza de la nación tendrá, como garantía decisiva, la unidad alcanzada, la cual se nutre de las ideas y los sentimientos que ocho generaciones de cubanos fueron tejiendo con su sangre, trabajo, inteligencia y cultura. Nuestra tarea consiste en interpretar y actualizar el significado de esa tradición y continuar formando en ella a las nuevas generaciones para que, al hacer suyas las banderas de la Revolución cubana, las exalten y defiendan en un mundo bien diferente y mucho más complejo que el actual.

En la nueva época, la cultura de nuestra América y dentro de ella la de Cuba, puede y debe desempeñar un papel decisivo en la historia futura de Occidente y, por tanto, del mundo. Se ha afirmado que la historia es, o debe ser, maestra de la política. Sus lecciones se nos presentan en dos planos a estudiar: el primero se refiere a la información y descripción de los hechos y acontecimientos que marcan su recorrido en el tiempo; el segundo, a la evolución de las ideas contenidas en el "hilo invisible que -dice el Apóstol- une a los hombres de las distintas épocas". Este último aspecto es el que me propongo tratar con más detenimiento en el presente trabajo, con el ánimo de contribuir al esfuerzo generoso que viene realizándose en el país a favor de un mayor y mejor conocimiento y enseñanza de la historia de Cuba.

Mi propósito será, pues, tratar la historia de las ideas, en particular de la ética en la política cubana, las que, desde luego, se hallan entrelazadas con las de carácter económico y social más importantes en el largo período que analizamos. Lo haré, a partir del método del materialismo histórico y tomando como premisa los factores de índole material que condicionaron la evolución ideológica que nos ha conducido a las concepciones socialistas.

Desde los tiempos forjadores de la nación (1790-1868) hasta nuestros días, la composición social del pueblo de Cuba ha tenido un carácter esencialmente de población trabajadora. Léase la definición de Fidel Castro en La historia me absolverá en la que señala lo que entendía por pueblo si de lucha se trata. Dice:

Nosotros llamamos pueblo si de lucha se trata, a los seiscientos mil cubanos que están sin trabajo [...] a los quinientos mil obreros del campo [...]; a los cuatrocientos mil obreros industriales y braceros [...]; a los treinta mil maestros y profesores [...]; a los diez mil profesionales jóvenes: médicos, ingenieros, abogados, veterinarios, pedagogos, dentistas, farmacéuticos, periodistas, pintores, escultores, [...]

Obsérvese que no menciona la burguesía nacional, pienso porque no existía como clase social portadora de un ideal cultural nacional.

Esta composición social fue gestándose a lo largo del siglo XIX y durante la primera mitad del XX, y constituyó la base del proceso revolucionario iniciado en 1953 con el asalto al cuartel Moncada. Con la victoria del 1º de Enero de 1959 y la proclamación de su carácter socialista el 17 de Abril de 1961, la Revolución ha podido, con ese sólido respaldo popular, resistir durante más de 40 años al imperio de mayor poder de la Tierra. Es un importante punto de referencia para conocer al pueblo cubano de hoy y que se proyecta hacia el mañana como consecuencia de esa Revolución. No obstante, al iniciarse una nueva centuria, se han producido en esa composición cambios muy importantes debido a las transformaciones socioeconómicas y a la elevación del nivel de instrucción de la población. Sin embargo, el análisis de la evolución histórica de esta composición social constituye un antecedente vital para quienes pretenden conocer y estudiar a Cuba.

Hoy la base social de obreros, campesinos e intelectuales y estudiantes de nuestra sociedad ha elevado considerablemente su nivel de instrucción y una comprensión más profunda de su pasado y de su presente para enfrentar los desafíos del siglo XXI. Esto sólo puede hacerlo sobre el fundamento de los objetivos de integración latinoamericana y caribeña y de entenderse de forma culta, y por tanto revolucionaria, con el mundo.

Hay cuatro procesos de la historia de Occidente en los siglos XIX y XX que condicionan la evolución de Cuba y su composición clasista en esas dos centurias. Ellos son:

-La necesidad de liquidar el sistema colonial europeo en América (siglo XIX).

-El desarrollo y expansión de los Estados Unidos a lo largo de aquella centuria, que sentó las bases del imperialismo moderno (siglo XIX).

-El crecimiento acelerado de la población esclava de origen africano y de trabajadores blancos traídos de España y de otras latitudes, que conformó como conjunto una composición social y de masas que sufrían la doble explotación nacional y de clases (siglo XIX y XX).

-Por último, en nuestra centuria la dominación del imperialismo norteamericano que impidió todo posible desarrollo capitalista independiente en la base (primera mitad del siglo XX).

Estos tienen su origen, en última instancia, en el altísimo desarrollo científico y técnico y la expansión industrial del siglo XIX. Obviamente, esto último condicionó los procesos de aquella centuria. Ningún país de Occidente había sido sometido durante cien años de manera tan profunda y sistemática al tipo de influencia que estos factores tuvieron. Ello, unido a la situación geográfica y económica, su insularidad y su dependencia del comercio exterior, condicionaron la singularidad cubana.

Un problema universal, el sistema esclavista y colonial, estuvo planteado en el "Crucero del Mundo", donde las ambiciones de las poderosas potencias del orbe se hallaban en acecho con la intención de apoderarse de Cuba, la Mayor de las Antillas.

Cuba se había convertido en un elemento de importancia singular en el entrecruzamiento de los poderes de occidente. Esta ha sido una constante en la historia del país que reveló con mayor nitidez y con profundidad revolucionaria José Martí, y que sigue hoy presente como el reto esencial de la nación. Para cristalizar como tal necesitábamos un pensamiento humanista en favor de los pobres de la tierra; se requería de una visión ecuménica de la justicia y de la dignidad humana, sin ninguna de las trabas y restricciones que los intereses creados le habían impuesto a las ideas de libertad, igualdad y fraternidad. Estas ideas guiaban a los patriotas en el nacimiento de la patria, tras un largo proceso social que se había iniciado con la colonización cuatrocientos años antes.

Tres hechos imposibilitaron que emergiera en Cuba una burguesía portadora del ideal nacional:

-La monarquía española, atada a la ideología más atrasada del Medievo, no pudo entender a los reformistas cubanos, quienes hipotéticamente hubieran podido generar el núcleo portador de una cultura burguesa nacional.

-Los sectores burgueses menos comprometidos con los intereses españoles, menos dependientes de ellos y más ahogados económicamente, aislados e instalados sobre todo en la región oriental, optaron a partir de 1868 por la solución radical de la contradicción social generada por la colonia y la esclavitud. Los más avanzados, en tanto herederos de la tradición abolicionista e independentista de Varela, hicieron causa común con las masas oprimidas, durante un largo proceso de treinta años en el que se libraron dos guerras devastadoras de la población y la riqueza de la Isla.

-La intervención militar y política de Estados Unidos y el posterior apoderamiento de Cuba por esta emergente potencia mundial, impidieron para siempre la posibilidad de que con la independencia naciera y se desarrollara una burguesía capaz de expresar el auténtico ideal cubano.

En el dilatado proceso de formación de la nación cubana, el inicio de la lucha por la independencia está íntimamente vinculado al nacimiento de la cultura nacional cuando el 20 de Octubre, en Bayamo, se entonaron por primera vez públicamente la letra y las notas de nuestro Himno Nacional. La contradicción, señalada por Lenin, entre la cultura de los explotados y la de los explotadores quedó resuelta en nuestro caso de manera radical.

La cultura de los anexionistas, antes y después de 1868, y también la de los autonomistas, negadoras de nuestra aspiración a existir como nación independiente, no alcanzaron preeminencia en nuestro movimiento intelectual. La cultura de España, una de las esencias de nuestra vida espiritual, sí lo hizo con elementos fundamentales, aunque renovada por los próceres y pensadores de nuestras epopeyas liberadoras.

Veamos cómo se desarrolló este proceso que abarca un período histórico de doscientos años. Desde finales del siglo XVIII y los comienzos del XIX, los grupos intelectuales del país recibieron la cultura política, social y filosófica más elevada del mundo occidental de su época, aunque objetivamente eran muy reducidos, lograron introducirlas en el sello forjador de la nación por el dominio decisivo que ejercían en el embrionario sistema educacional cubano y en la formación de la opinión pública de entonces. Podemos agregar que la metrópoli hispánica y su sistema colonial y esclavista en Cuba no tenía la cultura necesaria, no ya para oponerse ni siquiera para desviar el curso del pensamiento radicalmente democrático que se gestó, forjándose así una revolución social creadora de la nación (1868) que, como ha dicho Cintio Vitier, en otras latitudes las revoluciones se desarrollaron en el seno de las naciones. En Cuba, la revolución fue la que creó e hizo la nación. Si no se entiende esto no se entiende a Cuba.

A partir de las últimas décadas del XVIII recibimos influencias de la ilustración y la modernidad europeas, pero asumimos y recreamos estos paradigmas y valores intelectuales sin las contradicciones clasistas que tras Waterloo y la Santa Alianza se dieron en la Europa burguesa latifundista. Pero,

además, en la primera mitad del XIX, esa cultura que había asumido siempre en sus formas más puras las tradiciones éticas cristianas y la modernidad europea sin ponerlas en antagonismo, fue enriquecida y elevada con sentido de continuidad a planos universales superiores por José Martí. Repasemos ahora cómo ocurrió este proceso.

A finales del siglo XVIII y principios del XIX se producen importantes acontecimientos internacionales. El movimiento independentista de Hispanoamérica influye sobre Cuba. Asimismo el ascenso de la burguesía industrial en una serie de países de Europa y en América del Norte va imponiendo el interés de ampliar el comercio internacional. En Cuba ello repercute en una doble y contradictoria dirección: de una parte abre las perspectivas para el comercio libre y de la otra combina este comercio con el tráfico de esclavos. A esto se añaden las pretensiones hegemónicas de Estados Unidos que dan lugar al surgimiento de la tendencia anexionista en nuestro país. Asimismo España concentró y fortaleció su poder colonial en Cuba y Puerto Rico.

Tal panorama se refleja en la política seguida por la metrópoli española a partir de 1791. Se dispusieron exenciones en el pago de algunos impuestos y facilidades comerciales y de otro tipo que ayudaron a introducir equipos para el mejoramiento de la industria azucarera lo que propició un crecimiento acelerado de la misma.

Sin embargo -y he ahí la clave de la cuestión- en esta política estaban incluidas mayores facilidades para el tráfico de esclavos. Este hecho es de suma importancia para valorar las razones que impidieron a principio del XIX el desarrollo del ideal separatista. Pero, a su vez, ello transformó la composición de clases y contribuyó a la radicalización posterior del movimiento independentista.

El trabajo agrícola e industrial de la zafra requería de una gran cantidad de brazos puesto que se laboraba en condiciones muy duras. La ampliación de la industria azucarera y las condiciones en que se desenvolvía el trabajo en la zafra condujeron a los colonialistas españoles y a los terratenientes cubanos a incrementar en forma también acelerada el tráfico de esclavos.

A principios del siglo XIX, como consecuencia de la revolución de Haití, aumentaron las plantaciones cañeras y cafetaleras en nuestro país. Ello propició un cierto crecimiento de la economía basada en un régimen esclavista. Entre

1791 y 1825 se produjo un incremento notable del número de esclavos y al finalizar el primer cuarto del siglo XIX la población negra de Cuba ascendía al 56% del total. Esto alarmó a los terratenientes por el temor a que ocurriera un movimiento como el que había propiciado la independencia de Haití.

En ese período el proceso de formación nacional tropezaba con obstáculos que a muchos le parecían insalvables. Se unían en un nudo difícil de desatar el interés del régimen colonial por ampliar el sistema esclavista, el temor de muchos terratenientes criollos a la independencia porque ello conduciría a la abolición de la esclavitud y el objetivo de la política norteamericana de que Cuba permaneciera bajo el dominio español hasta que estuvieran creadas las condiciones para apoderarse del país.

A estos hechos hay que atribuirles, en parte, que en nuestra patria se pospusiera por medio siglo la lucha por la independencia. Esclavitud y anexionismo venían a significar lo más reaccionario de la sociedad cubana.

A pesar de estas dificultades hubo quienes defendieron con ardor el pensamiento separatista. Ellos tienen el eterno recuerdo de nuestro pueblo. El más notable exponente del ideario separatista en aquella etapa fue como es sabido el padre Félix Varela.

Se fueron desarrollando importantes movimientos de rebeldía que sirvieron de antecedente a la guerra por la independencia. De la larga cadena de hechos heroicos mencionemos uno de los más significativos.

En los años 1843 y 1844 se produjeron en Matanzas grandes movimientos de rebeldía entre los esclavos. Estos acontecimientos fueron conocidos más tarde como la Conspiración de la Escalera. Sin embargo, tales sucesos tienen una significación mucho mayor que la que se encierra en la palabra *conspiración*. Resultaron verdaderas sublevaciones de esclavos que se mantuvieron durante dos años en combate desigual contra la Capitanía General de la Isla. Los investigadores calculan que más de cinco mil negros cayeron en combate o fueron asesinados.

Este movimiento fue ahogado en sangre por las condiciones sociales de la zona geográfica en que se desenvolvía. En el occidente del país estaban concentrados los mayores recursos del ejército español. Allí, los terratenientes cubanos estaban más influidos por las ideas reformistas o anexionistas y por el temor a la abolición de la esclavitud.

Donde más fuerte era el régimen esclavista fue donde con mayor energía y

amplitud los esclavos se alzaron contra la opresión. Pero allí mismo era donde tenían mas poder las clases dominantes españolas y mas inhibidos estaban los terratenientes cubanos. Aunque existían condiciones favorables para una explosión rebelde no las había para su éxito.

El nudo de estas contradicciones iba a romperse de forma violenta con el movimiento insurreccional iniciado por Carlos Manuel de Céspedes, el 10 de Octubre de 1868. En este movimiento se enarbolan las banderas de la independencia y de la abolición de la esclavitud y los sectores más progresistas de la clase terrateniente cubana se unen con el pueblo. Se inicia así el proceso de nuestros Cien Años de Lucha.

¿Cuáles fueron los factores que facilitaron esas posibilidades revolucionarias?

El incremento del número de esclavos a partir de 1790 transformó a la vuelta de ochenta años la composición de clases del país. De 1790 a 1830 arribaron a Cuba 227 mil esclavos africanos. Es decir, en esos cuarenta años llegó al país una cifra de esclavos similar a la de la población total de Cuba en 1790.

Si se tiene en cuenta que en 1825 la población total de la Isla era de 704 mil habitantes se apreciara el cambio radical que se opero en la composición clasista. El crecimiento de la población esclava determinó aumentos en el número y en la proporción de la población trabajadora y explotada.

Entre 1791 y 1868 la población total del país se incrementó de 272 mil a un millón 350 mil habitantes. Tal crecimiento alteró de forma radical la proporción entre explotadores y explotados y entre cubanos y españoles. La población española que había llegado al país para desempeñar cargos militares administrativos o de tráfico comercial no tenía arraigo en la tierra y parte de sus descendientes en el transcurso de una o varias generaciones devino una masa trabajadora ocupada en oficios subalternos o se convirtió en campesinos explotados.

El alzamiento el 10 de Octubre de 1868, iniciado por Céspedes en su ingenio de La Demajagua, aceleró el levantamiento armado de Camagüey y, a su vez, extendió la insurrección con gran rapidez y amplitud hacia las jurisdicciones de la parte occidental de Oriente, es decir Bayamo, Manzanillo, Jiguaní, La Tunas y Holguín, con lo cual alcanzó una extraordinaria repercusión de carácter nacional. En ello radica su alcance y significado más profundo. Así nació

nuestra patria, tras un lento proceso social que se había iniciado casi cuatrocientos años antes.

Es útil analizar los antecedentes fundamentales de estos hechos. José Manuel Mestre, uno de los principales hacendados reformistas, llegó a afirmar en carta de fecha 24 de octubre de 1868, dirigida a Miguel de Aldama, lo siguiente: *Nunca se ha encontrado- Cuba- más cerca de una verdadera revolución social y socialista.*

Esa nación es Cuba y fue obra de una revolución social que comenzó entonces, la de nuestros tiempos es su continuidad. Han existido naciones que han hecho revoluciones; en nuestro país, fue la revolución que comenzó en aquellos años y que hoy mantenemos en alto, la que hizo y desarrolló a la nación cubana. Cuba unió definitivamente su esencia y destino a las aspiraciones de redención universal del hombre y esta tiene fundamentos objetivos económicos y sociales en la historia del país.

Para entender esta historia, y en especial la Cuba actual, es indispensable estudiar la dialéctica de las contradicciones entre las tendencias anexionista, reformista e independentista. La primera acabó naufragando política e históricamente, ya que, por definición, negaban la posibilidad de que Cuba fuera una nación, y echaron su suerte a la incorporación del país a la nación norteamericana; la segunda, sustentada por aquellos que trataron de promover una evolución política que nos trajera gradualmente la independencia, fracasó una y otra vez porque el sistema dominante en España, al que teóricamente podría ser de interés estratégico este objetivo, no poseía la cultura necesaria para entender, ni mucho menos asumir, a los reformistas cubanos. Esta limitación tiene, desde luego, fundamentos económicos. En España, no había tenido lugar una profunda revolución burguesa ni un ascenso del capitalismo que le permitiera comprender el significado de las ideas reformistas e insertarlas en su propio desarrollo. Un país que no gozaba de libertad no podía brindársela a otro.

En Cuba, la esclavitud necesitaba ser abolida para garantizar la independencia y producir, como en efecto ocurrió, la integración nacional. Existía el temor de que ello pudiera provocar revueltas y luchas cruentas que le abrieran a Estados Unidos el camino para apoderarse del país.

A esta encrucijada se enfrentaba el movimiento reformista. Las tesis que presentaba eran aparentemente más sólidas y seguras en relación con las de los independentistas. Las de estos últimos resultaban más románticas y cargadas de

aventuras. En efecto así eran, pero lo interesante está en que la lógica de la historia les dio la razón a los independentistas y abolicionistas.

José Antonio Saco, el más brillante reformista, llegó en su exaltación de la racionalidad, a afirmar que dados los peligros que amenazaban a Cuba, una revolución social podría ser útil si se garantizaba su victoria con la exactitud de una conclusión matemática. Es difícil encontrar una expresión más exagerada de pensamiento racionalista.

Los reformistas no pudieron concebir sobre tales premisas la nación que objetivamente surgió, faltó lo que en esencia tiene la cultura cubana: la utopía de la redención universal del hombre. Y no es que muchos de ellos no fueran patriotas, es que para serlo de forma consecuente había que soñar con la justicia social entre los hombres. No alcanzaron a comprender que la integración nacional cubana presuponía la inmediata y radical abolición de la esclavitud ni llegaron a comprender que la clave de la historia nacional estaba dada por la articulación de dos grandes necesidades: la abolición radical de la esclavitud y la independencia del país, y que esto sólo era posible por la Revolución. Pero le temían a la Revolución y era ella la única forma de integrar la nación, de lo cual podemos llegar a la conclusión de que la más amplia información y cultura, si no toma en cuenta el drama social y político, no podrá llegar a soluciones certeras históricamente.

La inmensa cultura occidental, racionalista y científica de los reformistas, que era tan alta o superior a la del capitalismo de su época en el mundo, no logró alcanzar el sueño de una patria como la concibieron el pensar y actuar de Carlos Manuel de Céspedes, Ignacio Agramonte, Máximo Gómez y José Martí, entre muchos otros, es decir, la que hoy tenemos, y que para desarrollarse hacia el siglo XXI no puede renunciar jamás al sueño de la libertad universal del hombre. Si abandona esta utopía dejará de ser; si la mantiene en alto continuará siendo mientras exista humanidad.

¿Cuál es la lección que nos dejó lo mejor y más patriótico del pensamiento reformista?

Que aunque es indispensable, no basta para el cubano completo y cabal conocer, es también necesario querer y soñar con la igualdad social entendida en su alcance universal, y ello no se logra exclusivamente con el apoyo de las ciencias naturales, es indispensable también la conciencia, la voluntad y, por tanto, el cultivo de los sentimientos y emociones y fortalecer la solidaridad

humana. Esto último, aunque resulte más difícil de descubrir, posee fundamentos científicos e influencia objetiva en la historia. Es indispensable, pues, que venga en nuestra ayuda la imaginación y el vuelo que suelen tener los poetas, los profetas y los héroes. He ahí el decisivo papel de la educación y de la cultura.

Los independentistas, sobre el fundamento de su cultura y sensibilidad ética, inspirada y acendrada en el ideal humanista en su expresión más revolucionaria, tendrían iniciativas más realistas, aunque a los primeros les parecía imposible o muy peligroso.

Los que querían una Cuba libre radicalmente de España por las vías de la revolución, se planteaban, a su vez, una gran transformación social: la abolición de la esclavitud.

El sentimiento ético que animaba a los que soñaban con la liberación del hombre en la Cuba decimonónica poseía más realismo histórico que el pensamiento capitalista y racionalista que proponía reformas graduales bajo la tutela de España. Los reformistas basaban su acción en que el sistema dominante en la península ibérica hubiera entendido sus demandas, lo que sin duda hubiese sido más beneficioso a sus intereses estratégicos en Cuba, pero las decisiones políticas no suelen adoptarse, la mayoría de las veces, en función de tales intereses estratégicos de un sistema social, sino de las aspiraciones inmediatas de los grupos que dentro de las clases dominantes las acaban por imponer. Es una meditación útil para que se analicen los retos que hoy tiene la civilización occidental en la etapa que han llamado "postmoderna".

La ética expresada en una utopía realizable hacia el futuro presente en el pensamiento cubano de la primera mitad del siglo XIX, estaba ensamblada con las necesidades de una Cuba independiente y sin esclavos, y acabó mostrando todo su realismo en la revolución nacida el 10 de Octubre de 1868 y que es la misma que hoy, ciento treinta años después, sigue defendiendo el pueblo de Cuba.

En aquellos días iniciales, la ciudad de Bayamo fue tomada por las tropas patrióticas y, al calor de la contienda, como una marcha llamando al combate, nació lo que más tarde sería nuestro Himno Nacional. Posteriormente, cuando el ejército español avanzaba hacia la ciudad, los mambises decidieron incendiarla por acuerdo de su Ayuntamiento. Con esa determinación y esa intransigencia

surgía la patria cubana. Antecedente a tener en cuenta cuando hoy decimos ¡Patria o Muerte!

El Estado Cubano se fundó con la creación de la República en Armas cuando se proclamó la Constitución de Guáimaro el 10 de Abril de 1869, que le dio forma institucional al ideal independentista y de igualdad social. El 20 de Mayo de 1902 surgió la república neocolonial sometida al imperialismo, con un apéndice en su constitución cuyo texto fue aprobado por el Congreso norteamericano y que se conoce como Enmienda Platt. Esta república neocolonial, con algunos cambios posteriores, pervivió hasta el 1º de enero de 1959, cuando emergió con la Revolución la etapa de la república independiente. Hemos tenido, pues, tres fases: la República en Armas, la república neocolonial y la república independiente.

Este proceso iniciado con la lucha armada, cuyos símbolos más altos fueron Céspedes y Agramonte, marcó la continuidad de la Revolución y la nación cubana. Bajo las banderas de la República en Armas se forjaron hechos heroicos y se tejió una epopeya imborrable. Sin embargo, ocurrieron acontecimientos dramáticos en relación con la unidad entre los cubanos que condicionaron las fatales consecuencias del gran revés de El Zanjón. Es necesario estudiar los hitos de aquél doloroso proceso.

Analicemos la identidad esencial y las contradicciones entre los padres fundadores de aquella epopeya: Carlos Manuel de Céspedes e Ignacio Agramonte. No es posible analizar el pensamiento de cada uno de estos dos grandes, sin tener en cuenta su identidad esencial y sus diferencias circunstanciales. Ambos, tanto en lo que se identifican como en lo que se diferencian, están unidos por la historia. Están situados en el corazón del pueblo como los símbolos más altos de la etapa revolucionaria que rompió el nudo anexionismo reformismo esclavitud. Ellos marcan los límites de las dos grandes épocas. Antes, esclavitud, anexionismo y reformismo eran corrientes predominantes, y el separatismo todavía no había sufrido su prueba de fuego. Después, la esclavitud desaparece como sistema de explotación, el anexionismo naufraga históricamente, el reformismo deviene una concepción política cada vez más reaccionaria y el separatismo se impone como la corriente principal.

Céspedes y Agramonte representaron las concepciones democráticas e independentistas con tal fuerza y originalidad, que abrieron el camino para una

evolución posterior del pensamiento revolucionario. Después de la Guerra de Los Diez Años, el independentismo adquiere un carácter más radical y profundamente latinoamericano, que se expresa con toda nitidez en el pensamiento de José Martí.

Las diferencias entre Céspedes y Agramonte se refieren a cuestiones eminentemente prácticas que generan actitudes y maneras distintas de enfrentar los problemas de dirección de la lucha armada, y la decisión sobre el momento de disponer las medidas revolucionarias a las cuales ambos estaban adscritos.

Tales diferencias no podían constituir, en combatientes de la calidad revolucionaria de Céspedes y Agramonte, problemas insalvables. Prueba inequívoca de ello está en que, como señalara Fidel, durante los años anteriores a la muerte de Agramonte, se había ido produciendo un proceso de acercamiento político entre ambas figuras de la revolución independentista.

Céspedes es la recta personalidad de un revolucionario maduro, intrépido, y audaz, que había acumulado vasta experiencia política. Agramonte es el revolucionario brillante, cuyo fervor democrático, capacidad organizativa y arrojo militar, que lo sitúan en la historia como el hijo predilecto de la Revolución, muriendo en plena juventud. Ambos eran revolucionarios de profundas convicciones y sensibilidad democrática. Hombres así no se separan de la historia.

En 1868, Céspedes andaba cerca de los cincuenta años. Impaciente, decidido, había acumulado la suficiente cultura, sensibilidad y amor a la causa de Cuba como para romper con todo lo que aquel medio colonial significaba y adscribirse al ideario más avanzado que podía concebirse en la Cuba de su época.

Para entender cada uno de sus actos, e incluso sus métodos y las formas en que él concebía podría dirigirse la guerra, hay que partir del hecho de que, en el momento de iniciarla, liberó a sus esclavos, los abrazó como hermanos y con ellos comenzó la lucha armada.

Hombre de carácter duro, según sus contemporáneos, fue sin embargo uno de los más disciplinados y de los que más subordinó sus criterios al interés de la unidad del movimiento independentista. Esto le atribuye un mérito especial, dado su carácter y sus ideas profundamente arraigadas.

Céspedes decía de sí mismo que era un hombre irascible y de un genio tempestuoso. Apuntaba también el Padre de la Patria: "[...] entre Los sacrificios

que me ha impuesto la revolución, lo más duro para mí ha sido el sacrificio de mi carácter". José Martí, recordando esas expresiones de Céspedes, señalaba "[...] dominó lo que nadie domina".

Un hombre de su temple y temperamento, con firmísimas convicciones personales, acató con ejemplar modestia y disciplina, una serie de decisiones que consideraba erróneas.

Con concepciones tan arraigadas, muchas de las cuales la historia se ha encargado de confirmar como correctas, fue capaz de respetar -acaso como nadie- la autoridad civil, en nombre de la cual le destituyeron, y no le dieron el amparo necesario, dejándolo prácticamente a merced de la tropas españolas.

Para él, la unidad de la revolución y el principio de disciplina hacia las autoridades en que la misma había confiado su dirección, eran más importantes que sus propias convicciones. Puesto en la dramática disyuntiva de escoger, entre provocar la división interna o acatar las decisiones que consideraba afectaban el desarrollo de la guerra, no tuvo un segundo de vacilación. La necesidad de obedecer los dictados de la disciplina y el superior interés de la unidad los puso por encima de cualquier otra consideración. Un elemental deber de justicia histórica nos exige subrayarlo.

La Asamblea de Guáimaro adoptó decisiones que representaban una derrota para las concepciones "cespedistas" sobre los métodos y formas de dirigir la guerra. Céspedes las obedeció, e inspirado en el más sano patriotismo y en el interés de unificar todas las fuerzas independentistas, acató la manera parlamentaria de dirigir el movimiento insurreccional. Puso el interés supremo de la patria y la necesidad de la unión de los cubanos por encima de cualquier apreciación personal.

Estas virtudes revolucionarias en hombres que tuvieron los argumentos y la autoridad histórica de Céspedes son excepcionales.

Con lealtad a los principios democráticos sostuvo el criterio de que la guerra no podía dirigirse si no era unificando la dirección militar y civil. Es curioso observar que sus argumentos en defensa de este punto de vista, estaban en parte referidos a que solamente en la majestad de la república constituida pueden darse las formas jurídicas que, en definitiva, adopte el país. En este planteamiento hay, dentro del gran debate político de la época, una argumentación jurídica, democrática y civilista. Podrá decirse que esta afirmación era un simple argumento en la acérrima polémica en que

dolorosamente se encontraban enfrascados aquellos gigantes de la historia. Sin embargo, el criterio de que no existía autoridad suficiente para adoptar decisiones con respecto a la forma de gobierno, demuestra hasta dónde habían penetrado en Céspedes los principios jurídicos, en nombre de los cuales lo destituyeron.

Debemos distinguir dos momentos del debate político entre las concepciones que representaban los patriotas camagüeyanos y las de Céspedes. Antes de la Asamblea Constituyente, las discusiones tenían características eminentemente políticas. Cuando se plantea la destitución de Céspedes, el debate político había sido teóricamente zanjado y se había transformado en una lucha en que primaban las pasiones. Los móviles de índole personal estaban prevaleciendo. En el acuerdo de la Cámara influyeron factores de este carácter, y ha quedado como lección imperecedera que las decisiones políticas no deben estar afectadas por móviles o pasiones de índole personal. Lección ética en la historia política de Cuba.

En la sesión de la Cámara que de manera unánime se destituye a Céspedes, estuvieron presentes nueve miembros. Tenemos la más absoluta convicción de que si hubiera estado presente en aquella sesión un revolucionario de la autoridad, condiciones personales y estatura política de Ignacio Agramonte, no se hubieran producido los acontecimientos en la forma en que los mismos tuvieron lugar ese día triste de la historia cubana.

La Cámara estaba investida de autoridad legal para decidir la destitución del presidente. Sin embargo, al hacer uso de esta facultad, cometió un grave error político: aceleró la división entre los patriotas y sentó las bases de la ilegalidad posterior. Por muy altos que fueran los méritos de casi todos los miembros de la Cámara, estamos en el deber de subrayarlo.

En 1873, la más efectiva garantía contra cualquier tendencia caudillista estaba en la autoridad institucional del presidente de la República en Armas, y en el prestigio político e histórico de Carlos Manuel de Céspedes. El Padre de la Patria era, al momento de su destitución, el más sólido baluarte de la legalidad constitucional y de la unidad revolucionaria.

Caído heroicamente Agramonte, Céspedes se había convertido en la única personalidad con la autoridad necesaria y la formación política requerida para enfrentarse a las tendencias caudillistas. Hasta por su propia educación hay que situarlo entre los más firmes defensores de los principios constitucionales. Nada

ejemplifica mejor este hecho que su actitud ante la destitución.

Cuando Céspedes se enfrentó a España, tuvo la audacia necesaria para adelantarse a sus compañeros e iniciar la guerra. Sin embargo, cuando en nombre de la patria la Cámara le enjuició y destituyó, tuvo la humildad indispensable para aceptar aquella decisión. Audacia y humildad eran, en última instancia, hijas del amor a Cuba y a la Revolución.

En una carta íntima, decía: "En cuanto a mi deposición, he hecho lo que debía hacer. Me he inmolado ante el altar de mi patria en el templo de la fe. Por mí no se derramará sangre en Cuba. Mi conciencia está muy tranquila y espera el fallo de la historia".

No hemos de ver estos problemas como cuestiones exclusivamente jurídicas o constitucionales. Lo jurídico era la expresión formal de una necesidad política. El respeto a la ley en Céspedes y Agramonte era la expresión de su amor a la patria y a la independencia.

La solución del problema institucional estaba relacionada con cuestiones de enorme importancia práctica; se vinculaba estrechamente con la necesidad de hallar fórmulas que facilitaran la unidad del movimiento independentista. Tanto Céspedes como Agramonte, al manifestarse respetuosos por los aspectos jurídicos del problema, estaban buscando la manera de canalizar orgánicamente el apoyo de las masas a la lucha por la independencia y la mayor unidad y amplitud de las fuerzas revolucionarias. Ambos estaban animados por el noble interés de que la patria cubana apareciera ante el mundo como respetuosa de las fórmulas más civilizadas que ellos podían conocer para organizar y dirigir el Estado.

Por estas razones, la devoción de aquellos hombres a la ley y a la Constitución de su República en Armas es uno de nuestros más hermosos recuerdos revolucionarios.

La idea de la república que ellos soñaron fue luego mancillada por el desenfreno de la política corrompida de la burguesía entregada al imperialismo yanqui. Pero el amor que ellos sintieron por las instituciones republicanas, por la Constitución y por las leyes de la patria que deseaban organizar, es un símbolo de su grandeza y ejemplo que hoy y mañana debemos recordar como una de nuestras sagradas memorias, porque en ese espíritu de obediencia a la ley latía un corazón de patriota inmaculado.

Sin embargo, el curso de la guerra demostró que las fórmulas jurídicas y

políticas de Guáimaro eran ineficaces para organizar y dirigir la guerra y alcanzar la victoria. La insuficiencia no estuvo en el espíritu revolucionario de los asambleístas de Guáimaro. Allí, por el contrario, radicaba su fuerza; estaba en el hecho de que las fórmulas más avanzadas de que disponían y trataron de aplicar no brindaban la solución acertada a los problemas que tenían ante sí. La dificultad consiste en que la solución más viable y práctica, es decir, la de Carlos Manuel de Céspedes, la consideraron como menos revolucionaria.

Los grupos de una muy embrionaria burguesía nacional en el seno de una sociedad esclavista y colonialista que sólo se gestaba entonces, salieron derrotados de esa guerra que ellos heroicamente iniciaron. Dejaron, sin embargo, para la historia nacional, el ejemplo inmortal de patriotismo y la decisión de liberar a los esclavos en la hora del alumbramiento de la nación. Se inmolaron en el altar de la Patria y asumieron en la realidad de los hechos las ideas de libertad, igualdad y fraternidad. Y decimos en la realidad porque en otras partes sólo se expresaron en el terreno verbal.

¿Qué sucedió tras el revés del Zanjón?

La muy incipiente pequeña burguesía, los sectores de la intelectualidad revolucionaria, los campesinos y los esclavos liberados tomaron definitivamente la responsabilidad de dirigir el movimiento independentista.

La bandera de la patria pasó así a manos de las masas, y ya, de aquí en adelante, sólo serán las masas las que podrán defender frente a todos los obstáculos y vicisitudes, el estandarte nacional, el sentimiento patriótico, los principios de soberanía y autodeterminación, y los derechos de Cuba en el concierto de los países libres.

Las masas populares fueron, desde Baraguá hasta hoy, las únicas que pueden ofrecer resistencia a la injerencia extranjera e impulsar el desarrollo económico y social de Cuba.

Los gérmenes de una burguesía nacional que nunca logró históricamente cuajar, no concluyó con éxito su revolución, aunque dejaron para la posteridad el ejemplo de su heroísmo y las ideas más progresistas de su época. En consecuencia, sólo las ideas políticas y sociales capaces de interpretar los intereses de las masas, podían organizar en Cuba una sociedad nacional realmente libre e independiente.

Esta es la época en que el capital industrial y el bancario comienzan a fusionarse y en la que Estados Unidos da inicio a la exportación de capitales

hacia otros países. En Cuba, después de 1880, las inversiones norteamericanas empiezan a influir sobre nuestra economía.

Dos procesos van a desarrollarse en los últimos veinte años del siglo XIX. Ambos han de afectar sustancialmente la historia de Cuba. Uno es el tránsito del capitalismo norteamericano hacia el imperialismo, que tiene su reflejo en el inicio del proceso que culminaría con el control de la industria azucarera; y el otro, el fortalecimiento del carácter popular de la revolución independentista, lo que determina que ésta alcance una fuerza decisiva.

En los años sucesivos, José Martí se muestra como el factor aglutinante y el elemento organizador de todos los sectores de la población cubana que iban a continuar la lucha armada por la independencia. Maceo, por su extracción social, su prestigio militar y por las demás razones antes apuntadas, deviene el representante más puro de las grandes masas que integran el Ejército Libertador, y Máximo Gómez, de origen dominicano, abrazó la causa de la independencia con abnegación, inteligencia y coraje y se convirtió en el gran estratega militar de nuestra epopeya.

Las condiciones van madurando, la conciencia se va desarrollando y se llega así a tener ideas muy claras acerca de la estrategia insurreccional y de las formas organizativas capaces de darle unidad a la lucha e incorporar a todo el pueblo.

El carácter y la fuerza que la dirección revolucionaria le dio a la guerra, estuvieron a la altura de sus máximas posibilidades históricas; pero es más, en algunas cuestiones puede decirse que la dirigencia de Maceo y Martí saltó por encima de su época. Ambos concibieron muy claramente el carácter antiimperialista que había que darle a la lucha por la independencia de Cuba. Todo esto se puede comprender a partir del análisis del *Manifiesto de Montecristi*, suscrito por Máximo Gómez y José Martí, con el cual se inició la última etapa de la epopeya independentista.

Desde las primeras líneas del *Manifiesto de Montecristi* se destaca que el propósito inmediato de la revolución iniciada casi treinta años antes en Yara era el "saneamiento y emancipación del país para el bien de América y del mundo". Este objetivo, de interés universal, aparece como lo más sustantivo del ideario martiano y está presente a lo largo del texto que suscribió con Gómez. En dicho texto se plantea asimismo que:

[...] *La guerra de independencia de Cuba, nudo de haz de islas donde se han*

de cruzar, en plazo de pocos años el comercio de los continentes, es suceso de gran alcance humano, y servicio oportuno que el heroísmo juicioso de las Antillas presta a la firmeza y trato justo de las naciones americanas, y al equilibrio aún vacilante del mundo. [...]

Más adelante se subraya:

[...] A la revolución cumplirá mañana el deber de explicar de nuevo al país y a las naciones las causas locales y de idea e interés universal, con que para el adelanto y servicio de la humanidad reanuda el pueblo emancipador de Yara y Guáimaro, una guerra digna del respeto de sus enemigos y el apoyo de los pueblos, por su rígido concepto del derecho del hombre, y su aborrecimiento de la venganza estéril y la devastación inútil. [...]

La primera conclusión a que quiero llegar es que el objetivo esencial de la Revolución cubana no obedece, exclusivamente, a causas de intereses locales ni se reduce a objetivos nacionales. La Revolución Cubana, especialmente después que aparece la figura de Martí, es un suceso de interés y connotación universales. Tal interés se fundamenta y enlaza con los propósitos que se exponen en las bases del Partido Revolucionario Cubano, de Martí, de "fomentar y auxiliar la independencia de Puerto Rico" y, además, como se recoge en el propio Manifiesto, alcanzar y asegurar unas Antillas libres que, a su vez, garanticen y protejan a una América libre.

La pregunta que debemos hacernos es por qué Martí quería una Cuba libre, unas Antillas libres y una América libre. Lo expresó de una manera tan diáfana que no debería dar lugar a dudas o confusiones. En su artículo con motivo de la conmemoración del segundo aniversario del Partido Revolucionario Cubano, publicado en 1894, señaló:

En el fiel de América están las Antillas, que serían, si esclavas, mero pontón de la guerra de una república imperial contra el mundo celoso y superior que se prepara ya a negarle el poder, -mero fortín de la Roma americana; -y si libres y dignas de serlo por el orden de la libertad equitativa y trabajadora - serían en el continente la garantía del equilibrio, de la independencia para América española aún amenazada y la del honor para la gran república del

Norte, que en el desarrollo de su territorio por desdicha, feudal ya, y repartido en secciones hostiles hallar más segura grandeza que en la innoble conquista de sus vecinos menores, y en la pelea inhumana que con la posesión de ellas abriría contra las potencias del orbe por el predominio del mundo.

Se observa aquí cómo el Apóstol no pretendía agudizar el conflicto, al que calificó de innecesario, entre la América mestiza y la América sajona. Martí hubiera preferido buscar una solución al conflicto que no condujera a un antagonismo feroz. Pretendía que surgieran unas Antillas libres para servir a los pueblos de nuestra América, e incluso, al propio pueblo de los Estados Unidos que, según expresa, "*hallará en el desarrollo de su territorio más segura grandeza que en la innoble conquista de sus vecinos menores*". Y pretendía, como queda dicho, garantizar de esta forma, el equilibrio del mundo.

En el propio Manifiesto de Montecristi, Gómez y Martí agregan:

[...] Honra y conmueve pensar que cuando cae en tierra de Cuba un guerrero de la independencia abandonado tal vez por los pueblos incautos o indiferentes a quienes se inmola, cae por el bien mayor del hombre, la confirmación de la república moral en América, y la creación de un archipiélago libre donde las naciones respetuosas derramen las riquezas que a su paso han de caer sobre el crucero del mundo. [...]

Analicemos la identidad y la diferencia entre Gómez, Maceo y Martí.

Fue necesario encontrar nuevos caminos para organizar la guerra, y estos los hallaron Gómez, Maceo y Martí. Entre ellos había una identidad esencial, pero también diferencias circunstanciales en cuanto a las formas de emprender y dirigir la lucha armada.

El propósito irrenunciable de que Cuba fuera independiente de España y de Estados Unidos y que era parte integral de nuestra América, lo poseían los tres por igual. Tampoco había divergencia alguna en cuanto a la necesidad de promover la unidad entre blancos, negros, cubanos, españoles y todos los componentes de nuestra sociedad. Por esta razón, la historia ha situado a los tres como el núcleo central de la epopeya independentista.

Sobre los puntos en discrepancia se puede confirmar con la perspectiva del tiempo transcurrido, que el Apóstol había estudiado y superado con profundidad y rigor los reparos civilistas que obstaculizaron la Guerra Grande y que ni en Gómez ni en Maceo existían los gérmenes del caudillismo militar que la hicieron naufragar en el Pacto del Zanjón. Sin embargo, en las discusiones de La Mejorana estaban presentes residuos de aquellas viejas cuestiones en las mentes de esos gigantes de la historia.

Antonio Maceo y Máximo Gómez demostraron desde el inicio de la contienda hasta el final, un gran respeto a la ley y a la autoridad de las dirigencias en las cuales la Revolución había confiado su conducción. Alcanzaron timbres de gloria que los distinguen como ciudadanos de Cuba y de América y los presentan como ejemplos para todas las generaciones de revolucionarios cubanos. Ante la intervención norteamericana y la Asamblea del Cerro, Gómez sintió la ausencia de Martí.

La hazaña militar de la invasión para traer la guerra al Occidente que juntos materializaron, constituye motivo de asombro y admiración dentro y fuera de Cuba. Sobre todo, cuando se toma en cuenta la abrumadora superioridad de la maquinaria militar que España llegó a tener en Cuba pues disponía del más moderno armamento de la época. Baste recordar que la metrópoli, despojada de sus inmensas colonias de América, acumuló contra nuestro país toda su fuerza militar y su resentimiento político de hondas raíces psicológicas. La idea de la invasión, nacida desde los tiempos de la Guerra de los Diez Años, sólo podía asumirse de forma radical y llevarse a su realización práctica por el coraje, la inteligencia y cultura del Generalísimo y su Lugarteniente General. Estos valores integrados en una sola pieza expresan lo mejor y más original de nuestra identidad nacional.

El gran mérito histórico de Martí fue unir a todos los factores dispuestos a la guerra, organizarla, hacerla viable y, partiendo de ello, transmitirle una ideología y una proyección política. Al darle una política a la guerra, Martí actuaba con un gran realismo y sentido práctico. No fueron pocos los obstáculos que encontró para alcanzar este objetivo. Después de los debates de La Mejorana, Martí dijo: *Comprendí que debía enfrentarme a la acusación de oponerle trabas leguleyescas a la guerra de independencia.* Los tres, Martí, Gómez y Maceo estaban imbuidos de las mismas esencias; la protección de la justicia.

Lo esencial que quiero transmitir está en que el patriotismo cubano se halla

insertado, desde su raíz misma, en un sentimiento y una aspiración universales. Así fue ayer, lo es y lo será mañana. La felicidad y el progreso de Cuba han dependido siempre de la forma en que se inserte en el mundo, y no hay manera de hacerlo si el país no es independiente. Cuba es parte sustantiva de las Antillas, de América y del mundo. En ella se integran los valores propios de la nación con los de carácter universal.

Nadie puede dudar hoy que el pueblo de Cuba tuvo en los últimos años del siglo XIX, hombres capaces de plantearse en una forma consecuente con su época el fenómeno del imperialismo yanqui; y si el desarrollo del imperialismo yanqui constituye uno de los hechos históricos fundamentales en el siglo XX, hay que llegar a la conclusión de que, cuando se escriba la verdadera historia de América, tendrá que recogerse el carácter universal de los hombres que el pueblo cubano dio en 1895.

La intervención se produjo en un momento difícil para los cubanos: cuando habíamos perdido los principales líderes, estábamos devastados por una lucha de más de treinta años y el pujante imperialismo norteamericano se encontraba en su proceso de ascenso. Los cubanos tuvieron que enfrentarse a ese hecho, cansados de combatir y sin que estuvieran presentes sus mejores dirigentes. Y era un hecho descomunal, de categoría histórica universal. Prueba de ello fue que más tarde Lenin calificó la guerra hispano-cubano-norteamericana como la primera guerra imperialista de Estados Unidos.

Para enfocar lo sucedido en 1898, vamos a partir de la conclusión del mejor testigo de aquellos hechos dramáticos, el General Máximo Gómez Báez. Nadie puede disputarle su condición de haber sido el hombre vivo más significativo del 98. Dijo entonces palabras que hoy estremecen nuestra conciencia patriótica.

Tristes se han ido ellos y tristes hemos quedado nosotros; porque un poder extranjero los ha sustituido. Yo soñaba con la paz con España, yo esperaba despedir con respeto a los valientes soldados españoles, con los cuales nos encontramos siempre frente a frente en los campos de batalla; pero la palabra paz y libertad, no debe inspirar más que amor y fraternidad, en la mañana de la concordia entre los encarnizados combatientes de la víspera. Pero los americanos han amargado con su tutela impuesta por la fuerza, la

alegría de los cubanos vencedores y no supieron endulzar la pena de los vencidos.

La situación, pues, que se le ha creado a este pueblo, de miseria material y de apenamiento, por estar cohibido en todos sus actos de soberanía, es cada día más aflictiva, y el día que termine tan extraña situación, es posible que no dejen los americanos aquí ni un adarme de simpatía.

Si cuando tan extraña situación terminase, era posible que Estados Unidos no dejase en Cuba ni un adarme de simpatía, puedo asegurarles que ellos mismos, Maceo, Gómez y Martí nos dejaron como legado el deber de sentir un infinito respeto por todos los pueblos del mundo, incluso el de Norteamérica, pero esta extraña situación a que se refería el Generalísimo tiene que terminar de raíz y para siempre.

En aquellos años tristes, el gobierno norteamericano le impuso a la Asamblea Constituyente de 1901, que aprobase una enmienda conocida por el nombre del Senador Platt que le daba "derecho" a intervenir en nuestro país cuando lo estimasen necesario. La mayoría votó aceptándola por el temor fundado de que no le daban ni siquiera la independencia formal. Una minoría lo hizo en contra.

El testimonio de uno de ellos, Salvador Cisneros Betancourt, es de una elocuencia y una enseñanza sobre la que vale la pena reflexionar en estos finales de siglo:

Los Estados Unidos, sosteniendo los principios Justos y Republicanos de sus antecesores han prosperado y llegado al pináculo y a una grandeza inconcebible y seguirán así, mientras tanto sustentan los principios y máximas, que el Padre de la Patria, Washington, les legó.

Por desgracias, intentan apartarse de ellas, y su ruina empezará con la adquisición arbitraria de Filipinas, Puerto Rico y la ocupación a mano armada que intentan por la fuerza posesionándose de la Isla de Pinos y aun como se comprende, de Cuba, si no de su territorio por lo menos de lo que nos es grato, de su soberanía e Independencia absoluta. Recuerden que no hay enemigo chico y que el siglo XX concluirá con su decadencia y no

figurarán más entre las Naciones de primer orden. ¡Ojalá este augurio que hago no salga tan cierto como parece que va a resultar con el que hice de Cuba, cuando los americanos desembarcaron en Santiago de Cuba, que predije la pérdida absoluta de nuestra Independencia!

Si hubiéramos sido entonces un pueblo sin historia, sin tradiciones revolucionarias, el sometimiento total de la Isla al imperio naciente hubiera hecho definitivamente imposible la existencia misma de la nación cubana. Pero éramos un pueblo con historia, con una larga guerra, con una interminable cadena de rebeldías. Éramos un pueblo que se había fortalecido en el combate y que había adquirido conciencia de sus derechos; un pueblo con alta conciencia nacional, cuyas masas desposeídas habrían alcanzado una gran madurez política y que en 1895 desencadenó la revolución popular y democrática a la que todavía hoy aspiran muchos pueblos.

Y piénsese además que si la guerra hispano-cubano-norteamericana fue, como dijo Lenin, la primera guerra imperialista de los Estados Unidos, habrá que llegar también a la conclusión de que la Guerra de Independencia de Cuba fue el primer movimiento popular de liberación, en el mundo, con carácter antiimperialista.

Y fue precisamente Martí, que vivió durante casi 15 años en Estados Unidos y conoció profundamente aquella sociedad, el que asumió la misión histórica de sintetizar todo el saber y la experiencia acumulada desde los tiempos forjadores de la nación en los planos político, social y filosófico desde los intereses de Nuestra América y organizar la guerra necesaria. Allí, desde la atalaya de Nueva York donde llegaban las oleadas de inmigrantes y las ideas más diversas completó su inmenso saber y tomó cabal conciencia que la guerra por la independencia de Cuba debía librarse tanto contra la metrópoli española como contra los apetitos imperiales del vecino del Norte.

Y lo hizo partiendo de seis elementos claves:

-El inmenso saber de la modernidad europea, tal como la habían interpretado creativamente los maestros forjadores que nos representamos en Varela y Luz Caballero.

-La más pura tradición ética de raíces cristianas que, como he dicho, en Cuba nunca se situó en antagonismo con las ciencias.

-La influencia desprejuiciada de las ideas de la masonería en su sentido más universal y de solidaridad humana. La inmensa mayoría de los presidentes de la República en Armas, empezando por Carlos Manuel de Céspedes, fueron masones. Lo eran también Martí, Gómez y Maceo. La epopeya de 1868 surgió con la influencia de la Gran Logia de Oriente y las Antillas.

-La cultura de raíz inmediatamente popular que nos simbolizamos en el pensamiento y sentimiento de la familia de los Maceo y especialmente de El Titán de Bronce, la caracterizamos como la forma y el sentido con que la población esclava del Caribe asumió las ideas de la modernidad.

-La tradición bolivariana y latinoamericana que Martí enriqueció con su vida en México, Centroamérica y Venezuela, de donde partió hacia Nueva York en 1881 y proclamó: De América soy hijo y a ella me debo. Martí se consideró siempre discípulo de Bolívar.

-Las ideas y sentimientos antiimperialistas surgidos desde las entrañas mismas del imperio yanqui.

La inmensa riqueza cultural acumulada en el siglo XIX llevó al erudito español Marcelino Menéndez y Pelayo, desde posiciones reaccionarias, a escribir en 1892 estas líneas paradójicas que muestran muchas cosas contradictorias:

Cuba, en poco más de ochenta años, ha producido, a la sombra de la bandera de la madre patria, una literatura igual, cuando menos, en cantidad y calidad, a la de cualquiera de los grandes estados americanos independientes, y una cultura científica y filosófica que todavía no ha amanecido en muchos de ellos.

La paradoja se halla en que le atribuye a la permanencia de la dominación española durante todo el siglo XIX la enorme riqueza intelectual, científica y filosófica de esa centuria; cuando fue precisamente el enfrentamiento a las ideas reaccionarias de la metrópoli y el haber asumido las minorías intelectuales la más alta cultura europea y universal, en una sociedad cuya composición social estaba integrada por masas de esclavos y, en general, era explotada, el alto nivel científico y filosófico de la Cuba decimonónica. Es casi seguro que el ilustre

erudito hispano no conoció el crisol de ideas de José Martí. Se aprecia cómo la más amplia información y cultura no pudo arribar a conclusiones certeras históricamente si no toma en cuenta el drama social y político. De esta forma, la cultura ética alcanzó escalas superiores y, a la vez, se materializó o encarnó en los hombres.

Veamos ahora en forma bien concreta a partir de estas dos grandes personalidades, Maceo y Martí, la naturaleza de esta tradición ética. En cuanto a Antonio Maceo es muy importante leer su carta al general español Camilo Polavieja. En ella se observará la integridad de su carácter y el sentido más profundo de la ética cubana. Dice el General Antonio:

Jamás vacilaré porque mis actos son el resultado del hecho vivo de mi pensamiento y yo tengo el valor de lo que pienso, si lo que pienso forma parte de la doctrina moral de mi vida.

En otra parte de la misma carta agrega:

La conformidad de la obra con el pensamiento: he ahí la base de mi conducta, la norma de mi pensamiento, el cumplimiento de mi deber. De este modo cabe que yo sea el primer juez de mis acciones sirviéndome de criterio racional histórico para apreciarlas, la conciencia de que nada puede disculpar el sacrificio de lo general humano a lo particular.

Más adelante señala:

Vislumbro en el horizonte la realización de éste, mi ideal, casi parecido al ideal de la humanidad, humanizado con los grandes bienes que tiene que realizar en el porvenir.

Posteriormente subraya:

No hallaré motivos para haberme desligado para con la humanidad. No es pues una política de odio la mía, es una política de amor; no es una política exclusiva, es una política fundada en la moral humana.

Después dice Maceo:

No odio a nadie ni nada pero amo sobre todo la rectitud de los principios racionales de la vida.

Resulta verdaderamente admirable la rectitud del carácter de Maceo y su sentido ético. La misma integralidad en el carácter postulaban Varela y Luz. Lo interesante está en que Maceo llega por vía muy distinta a esta percepción ética, presente también en estos forjadores. Su coincidencia muestra la riqueza y fortaleza de nuestra identidad. Se trata de la integralidad cultural que vincula la tradición intelectual de los grandes maestros forjadores, con el de los grandes próceres y combatientes de la lucha anticolonial y por la liberación social. Estudiemos esta cuestión de la identidad ética en el pensamiento de Martí.

En la literatura martiana encontramos el compromiso patriótico y la hermosura de su palabra mágica integrando una identidad, que lo hace dialogar con su escritura y decir: *verso, o nos condenan juntos o nos salvamos los dos*. En esta afirmación hay un sello imborrable del diseño de nuestra cultura.

En “Yugo y Estrella” la imagen poética asume una dimensión filosófica y ética con tal fuerza de universalidad que deja el alma en suspenso y asumimos lo que objetivamente somos, piezas de la larga evolución de la historia natural. Se llega, en medio de nuestra insignificancia individual, a sentir como deber sagrado el de continuar luchando por un paso de avance en la historia social del hombre. Lo experimentamos también en el “Cántico Cósmico” de Ernesto Cardenal. La esencia de este pensar y sentir martianos se concreta y se ensambla en su prodigiosa percepción del arte. Aquí ética, filosofía y arte, como una joya de nuestra historia cultural, muestran otro sello clave de la identidad nacional.

Para conocer el proceso ulterior que condujo al triunfo de la Revolución en 1959, recomendamos el estudio de diversos documentos, señalando en particular a dos autores, uno de formación capitalista, Ramiro Guerra, de quien el cro. Carlos Rafael Rodríguez dijo que no podía escribir la historia de Cuba desde el punto de vista marxista, pero que no se podía conocer esa historia desde el punto de vista materialista histórico sin estudiar a Ramiro Guerra. Asimismo las obras de Emilio Roig de Leuchsenring, investigador, hombre de ideas muy progresistas, ofrecen copiosos elementos al respecto.

De la primera mitad del siglo XX es importante también conocer la labor del gran educador Enrique José Varona, de la generación revolucionaria de 1930, así como los trabajos de Medardo Vitier. Y desde luego contamos con el valioso y certero ideario del Apóstol que, tras la intervención norteamericana, fue relegado a un plano secundario. Correspondió a la generación patriótica, socialista y antiimperialista de los años 20, rescatar el pensamiento martiano e insertarlo en las ideas socialistas del siglo XX.

Fueron precisamente Julio Antonio Mella y los que asumieron el ideal socialista y antiimperialista los que nos ayudaron a rescatar las ideas martianas que habían sido escamoteadas o mutiladas en el período inicial de la república neocolonial. Hoy, cuando se produce una hecatombe de gran escala con la caída del socialismo real, tiene lugar un fenómeno a la inversa, es justamente la tradición política y filosófica de nuestro país la que, internacionalmente puede y debe ayudar a rescatar las ideas del socialismo y a fortalecerlas en lo nacional. Y lo podemos hacer a partir del legado ético de la cultura cubana, pero, para ello, es necesario asumir la tradición socialista del siglo XX sometiéndola al análisis crítico más riguroso.

Por analogía me he acogido a un antiguo principio del Derecho Romano en cuanto a que se podían asumir las herencias a beneficio de inventario. Aconsejo a mis descendientes asumir la tradición socialista del siglo XX a beneficio de inventario y, por tanto, sometiéndola a un riguroso análisis y reflexionando acerca de por qué no resultó mejor.

La historia de Cuba muestra que la necesidad de la moral está insertada como un elemento sustantivo en el nacimiento y desarrollo de la nación y que ella está presente de manera insoslayable en la práctica de una política culta. La evolución de la sociedad cubana de estos dos siglos probó que, un elemento básico de la comunicación social consiste en desarrollar fundamentos éticos que respondan a los intereses comunes que se resume en la frase de Martí, *con todos y para el bien de todos*. Por esta vía llegamos nosotros a una fundamentación de las aspiraciones socialistas de la nación cubana.

Desde luego, recibimos también la influencia de las luchas independentistas de nuestra América. Bolívar era y es uno de nuestros grandes paradigmas; Martí se consideró siempre discípulo de Bolívar dándole continuidad, a fines del siglo XIX, a las ideas que expuso a comienzos de ese siglo.

Influyó en nosotros la cultura europea más avanzada y obviamente, el ises y

pensamiento socialista, la Revolución mexicana de 1910; la rusa de 1917. Los combates antiimperialistas que nos simbolizamos en Augusto César Sandino y las luchas antifascistas, especialmente las de la España republicana, tenían un gran peso en todos nosotros. Con cuánta atención los adolescentes y jóvenes cubanos de los años 30 y 40 seguíamos el curso de la guerra que felizmente condujo a la derrota del nazismo. Pero en el trasfondo de nuestras ideas y sentimientos estaba el hecho de que en los años 50 existía un gran vacío ético en la superficie política de la sociedad cubana. Hoy reflexionamos sobre los vacíos éticos y los efectos desastrosos que pueden ocasionarle al desenvolvimiento histórico de diversos países y de la humanidad. También en nuestro país los debemos tener, y los tenemos muy presentes.

Como consecuencia de la acción revolucionaria del Movimiento 26 de Julio, dirigido por Fidel Castro, se produjo un movimiento moral y cultural de vasto alcance social. Es que, como hemos insistido, la realidad no se halla sólo en los fenómenos que se aprecian a simple vista, sino también en las necesidades que se encuentran en el sustrato y las esencias de la vida social. Captarlas y asumirlas de forma práctica para satisfacerlas, es el mérito de los grandes forjadores de la historia.

El asalto a la segunda fortaleza militar del país significó la réplica necesaria a las implicaciones del golpe de Estado de Fulgencio Batista con el beneplácito y apoyo norteamericano. La heroicidad y audacia de los combatientes repercutieron decisivamente en la situación política y social.

La génesis de la Revolución Cubana, que en 1961 proclamó su carácter socialista, está en el Moncada. Aunque la gesta iniciada entonces no revelaba ese contenido, sí se hallaba en sus exigencias económicas, sociales y morales que, más tarde, desde 1959 y hasta 1961, sirvieron de presupuesto para un programa de esta naturaleza.

¿Cuál era el contenido presente en el programa y las aspiraciones del Movimiento 26 de Julio, que como una constante recorren la historia de la Revolución durante casi cuarenta y cinco años?

Se halla en que se fusionaron las mejores tradiciones éticas de la sociedad cubana con la necesidad de medidas emancipadoras, económicas y sociales.

Sentido ético de la vida y programa de redención humana y social estuvieron presentes en la médula de aquellos acontecimientos que Fidel describió con magnífica prosa en el documento fundador *La Historia me Absolverá*. La

necesidad de llegar a un gran público, tal como lo impone el quehacer político, obliga a una literatura que para ser consecuente con los objetivos propuestos debe poseer rigor intelectual.

Háy un hecho objetivo, la Revolución cubana fue la primera y hasta hoy la única de inspiración socialista que triunfó en Occidente. Si partimos del hecho objetivo de que las últimas cuatro décadas están marcadas por el declive del socialismo en Europa y en la URSS, lo que condujera al derrumbe del muro de Berlín y la desaparición del Estado soviético, llegaríamos a la conclusión de que la proeza revolucionaria cubana y la sabiduría política con que se manejó por Fidel Castro todo este proceso, es realmente singular. Pero lo es no sólo por los indiscutibles méritos personales de Fidel Castro, sino porque él representa una tradición revolucionaria cubana y latinoamericana que es necesario tomar muy en cuenta. No lo estoy diciendo hoy, lo hemos creído siempre. En noviembre de 1959, cuando se produjo una complejísima discusión en el Consejo de Ministros con relación al socialismo y cuando éste aún no había sido declarado formalmente por la Revolución, dije: "para entender a Fidel hay que tener muy presente que está promoviendo la Revolución socialista a partir de la historia de Cuba, de América Latina y del pensamiento antiimperialista y universal de José Martí."

Cuba siempre ha insertado los valores universales de la cultura occidental a su propio desarrollo, pero los ha asumido con carácter propio, transformándolos y enriqueciéndolos.

Así fue con el ideal cristiano, con la modernidad europea y ocurrió con el socialismo. Para entender a Cuba hoy y las razones de su capacidad de resistencia hay que estudiar la evolución económico-social del país y cómo esta se reveló en el desarrollo de las ideas.

La significación internacional de nuestro país no se generó por una prepotencia ni por un ridículo nacionalismo estrecho, sino por la geografía, la economía y la historia de la Llave del Golfo. Ello está determinado por factores objetivos que no resultan simplemente coyunturales y que generaron una capacidad de resistencia en nuestro pueblo frente a las fuerzas que, a lo largo de casi dos siglos se opusieron, primero a que Cuba fuera nación, y después trataron de aplastarla o absorberla.

Esta nación se forjó con la oposición de los mayores poderes de la época: España, Estados Unidos e Inglaterra; irrumpió el 10 de Octubre de 1868; libró

una batalla de treinta años contra el poder colonial hispánico en América cuando la metrópoli concentró todas sus energías para evitar su independencia; fue escenario de la primera guerra imperialista moderna en 1898 y, por consiguiente, del ascenso de Estados Unidos a potencia mundial, que aún cuando desvió y retrasó su desarrollo libre, no pudo aplastar, como mostró el proceso iniciado en el Moncada, la tradición patriótica que venía de la pasada centuria. En octubre de 1962 estuvo en el vórtice del suceso potencialmente más dramático y decisivo de la guerra fría, es decir, la “crisis de los cohetes”, y aunque se ha mantenido contra ella el acoso imperial más violento durante casi cuatro décadas, ha resistido y mantiene en alto las banderas de su soberanía e independencia.

Una nación que ha tenido esta capacidad de combate y resistencia para enfrentar tan graves obstáculos durante cerca de ciento cincuenta años, saldrá victoriosa en los enfrentamientos sociales, económicos y políticos generados por las novísimas formas de internacionalización de las riquezas. Estos son los problemas esenciales que se plantean a la Cuba de hoy y de mañana pero, desde luego sépase con claridad concierne no sólo a nuestro país, sino que ellos involucran a la moderna civilización capitalista e incluso a la humana.

Estos retos los asumimos en la Cuba actual a partir de esta gran historia y, en particular, de la conciencia revolucionaria fortalecida en estas cuatro décadas en que el sentimiento universal e internacionalista del país creció en medio de innumerables dificultades. Cuando jóvenes, se nos decía que Cuba siempre tenía que depender de un país extranjero, que Cuba no podía mantenerse sola, aislada. Luego que se hizo la Revolución con nuestras propias fuerzas, con nuestros propios empeños, nos confirmamos que podíamos tener un destino realmente libre e independiente en el mundo. Pero como ha dicho el cro. Fidel Castro, no escogimos el mundo en que triunfó la Revolución, y lo que pensábamos en 1959 es lo que deseamos esencialmente hoy con mayor experiencia.

Hay que recordar que en los umbrales de 1960, éramos un país sometido al neocolonialismo norteamericano, estábamos en un mundo dividido en esferas de influencia entre las potencias victoriosas de la Segunda Guerra Mundial, con la singularidad de que se enmarcó en el conflicto ideológico, cultural y político entre el ideal socialista y el sistema capitalista mundial y en medio de acentuada campaña anticomunista de los primeros quince años de la guerra fría.

En contraste con este panorama internacional, sonó en todo el país una expresión popular que decía: *Si Fidel es comunista, que me pongan en la lista*. Esta frase sintetizó la evolución de forma natural de lo que estaba aconteciendo en la conciencia patriótica de la inmensa mayoría del pueblo. Ella marcó para siempre la originalidad de nuestro proceso a partir de la tradición revolucionaria que hemos descrito aquí.

Estamos iniciando el siglo XXI y, por tanto, el tercer milenio de nuestra era. Nuestra Revolución, la que forjó una nación en los tiempos de Baraguá y la que ha mantenido en alto sus ideales independentistas durante estos ciento cuarenta años, se enfrenta a nuevos desafíos. En estas primeras décadas del siglo XXI nuevas generaciones tomarán las banderas de este legado histórico que se llama Cuba. Con las experiencias de todos estos años podemos hoy analizar el reto que el país tiene delante. En todo caso, se trata de una nueva situación a enfrentar.

¿Cómo hacerlo?

En primer lugar, hay que caracterizar y actualizar la naturaleza del imperialismo; en segundo lugar, es necesario asumir de manera cada vez más profunda las ideas cubanas tal y como pueden ser aplicadas en tiempos radicalmente diferentes al de los siglos XIX y XX.

Debemos estudiar la sociedad norteamericana, es decir, el carácter postmoderno del imperialismo para emplear su propia expresión. Desde hace doscientos años las oligarquías dominantes en Norteamérica han considerado a Cuba parte de su territorio; es una herencia ideológica que tienen que superar si no quieren poner en peligro al mundo. La idea de que Cuba les pertenece estuvo en la mente de los fundadores del Norte. El espíritu de la Doctrina Monroe se halla vivo en la mala conciencia de la sociedad norteamericana que domina sus decisiones y lo hace incurrir en locuras cada vez más evidentes que pueden llevarlos a la propia ruina del sistema norteamericano. Este hecho está siempre presente, mientras no haya un cambio radical de la política interna y externa de Estados Unidos -y no hay duda de que la habrá-, pero mientras tanto, por un tiempo que puede ser más o menos prolongado, el peligro existe.

Hoy tenemos que enfrentar estos retos en el momento en que se aprecia un declive pronunciado de la vida espiritual norteamericana. Es cada vez más evidente, lo cual hace cada vez más peligrosa -si cabe- la situación y nos obliga, con mayor razón a desarrollar contactos con el pueblo de Estados Unidos y a

profundizar en el plano de la batalla de ideas y de la cultura. Analicemos el asunto a la luz de las ideas culturales.

El carácter esencial de las contradicciones de este tipo en el mundo actual y del futuro viene dado por la capacidad que tengan las diversas culturas de ser factor de integración y equilibrio o de serlo de desequilibrio, desunión y desintegración. Veamos ahora cómo se comporta objetivamente en Norteamérica.

Como queda dicho, la integración o desintegración es el hecho central del debate cultural del siglo XXI. La situación en Norteamérica vamos a describirla no por textos nuestros o de representantes de un pensamiento antiimperialista, lo haremos a través de lo que han expresado eminentes personalidades de ese país. Leamos estos párrafos del profesor de la Universidad de Harvard, Daniel Bell:

El capitalismo norteamericano, como he tratado de demostrar, ha perdido su legitimidad tradicional, que se basaba en un sistema moral de recompensas enraizado en la santificación protestante del trabajo. Este ha sido sustituido por un hedonismo que promete el bienestar material y el lujo, pero se aparta de todas las implicaciones históricas de un "sistema sibarítico", con toda su permisividad social y su libertinismo.

Luego señala:

El modernismo está agotado y ya no es amenazador. El hedonismo remeda sus estériles bromas. Pero el orden social carece de una cultura que sea una expresión simbólica de alguna vitalidad o de un impulso moral que sea fuerza motivacional o vinculatoria. ¿Qué puede mantener unidad la sociedad, entonces?

Más adelante plantea:

En esta disyunción reside la crisis cultural histórica de toda la sociedad burguesa occidental. Esta contradicción cultural constituye, a la larga, la división de la sociedad más cargada de consecuencias.

Así están las cosas en el mundo al que nos invitan a pertenecer. No nos negamos al diálogo constructivo, en especial con gente inteligente como este profesor, pero el mismo tiene que fundamentarse en el principio martiano de que el mundo se injerte en nuestro país, pero que el tronco sea de nuestro país. No hay otra alternativa para entenderse no ya con el gobierno, sino con la nación, la historia y la sociedad representadas por José Martí en el siglo XIX y por Fidel Castro en el XX.

En el mundo actual es deber moral de los hombres y mujeres de todas las edades y en especial de los intelectuales, estudiar los elementos desintegradores de la modernidad norteamericana. Martí, hace más de cien años, denunció la existencia en Estados Unidos de los gérmenes funestos que amenazaban con destruir ese país y precisó sus raíces fundamentales. Las describió en el divorcio, por él denunciado, que existía entre el desarrollo económico individualista y las limitaciones de la vida espiritual en Norteamérica.

Esta es cuestión clave de validez universal, pero es tanta la confusión que han creado sobre el humanismo que su esclarecimiento constituye una necesidad cada vez más apremiante en el mundo de hoy y en especial hacia el mañana. Abordarlo desde la óptica del pensamiento martiano y latinoamericano es la contribución más eficaz que podemos hacer en los debates internacionales. Un rasgo distintivo de nuestro humanismo está en asumir los mejores valores de la cultura occidental desde los intereses de los explotados y de los pobres con un sentido radicalmente universal.

Y, ¿cuál es el déficit del pensamiento occidental que el humanismo latinoamericano aspira a superar?

La historia política universal desde los tiempos de la Revolución Francesa, es decir: hace más de doscientos años, ha registrado el debate de ideas y programas económico-sociales. El rasgo definitorio de los partidos y organizaciones políticas en general ha sido dado por las posiciones que asumen ante la problemática social y económica. Esto constituyó un gigantesco paso de avance en relación con los siglos anteriores al 14 de Julio de 1789.

No obstante las elaboraciones filosóficas que se hayan podido hacer durante la edad moderna sobre la ética, la cuestión quedó relegada al campo de las ideas políticas y sociales -donde estaban precisamente los desafíos reales- a un plano muy secundario. Y es que esto sólo puede superarse a partir del materialismo histórico. Aunque Federico Engels sentó en sus últimos trabajos las bases para

ello, nunca se esclareció en el orden filosófico ni en el político la relación entre las leyes económicas y las categorías de la superestructura.

Cada una de las fases de la historia económico-social tiene una "moral" impuesta, nacida de la enajenación humana. Frente a ella surge otra radicalmente opuesta cuya más consecuente definición la dio el maestro cubano José de la Luz y Caballero cuando caracterizó "la justicia como el sol del mundo moral". Esto, en su acepción universal, constituye una necesidad de la naturaleza humana.

¿Qué le faltó en esencia a la modernidad en Estados Unidos y en Europa?

No fue reconocido intelectualmente con el rigor necesario el papel de la ética ni su relación con el pensamiento científico. En la historia de Occidente el tema de la ética ha sido asunto cardinal de las religiones, he ahí la razón de su fuerza. Lo han abordado también especialistas, intelectuales y académicos, pero sin explicar su influencia decisiva en el nacimiento, desarrollo y muerte de las civilizaciones, y es que nunca se llegó a entender el valor que objetivamente posee, ni mucho menos extraer sus consecuencias filosóficas y prácticas, el espíritu asociativo y solidario, y sus fundamentos objetivos en la evolución natural que forjó y desarrolló al hombre y marcó su singularidad en el reino animal. No se ha aprendido de la historia natural una de sus claves: la asociación de sus elementos componentes que forjaron la vida. No ha sido suficientemente tomado en cuenta que la vida espiritual y moral tiene enormes posibilidades de desarrollarse y enriquecerse promoviendo a un plano más alto el papel de la educación y de la cultura y ella es la síntesis necesaria para la interrelación entre los factores esenciales de la vida individual y social.

Los instintos animales presentes en sectores, grupos, clases e individuos le han opuesto siempre obstáculos a la cabal comprensión de estos propósitos.

Obviamente, esta función de la cultura y de la ética sólo se manifiesta a plenitud cuando se articula con la ciencia, unida a un concepto integral de la misma, concebida como lo creado por el hombre a partir de la transformación de la naturaleza. Es necesario, asimismo, tener una visión de sus raíces históricas con el apoyo de la filosofía, la sociología, la psicología, la antropología, entre otras disciplinas. Pero esto nos lleva a la idea de la integralidad de las diversas ramas de la cultura y, por tanto, de la ciencia.

En Cuba y América Latina en cambio, la cultura ha desempeñado históricamente un destacado papel y forma parte de sus esencias espirituales. El

tema de la ética vinculado a su visión utópica genuinamente universal está presente desde los tiempos fundacionales. Desde entonces lo ético, lo científico y lo político en su diversidad se articulan como identidad indisoluble. Nos viene a los cubanos de la cultura de Félix Varela y José de la Luz y Caballero, y se revelan en su mejor tradición decimonónica. Se presenta como una potencialidad viva en la naturaleza humana. El crisol de ideas martianas sobre la ciencia del espíritu es extraordinariamente elocuente.

Es importante para los cubanos estudiar la relación filosófica entre el pensamiento de Marx y el de Martí. Se trata de un tema que debe evaluarse con todo rigor y comprendiendo las sustancias que lo unen y las diferencias y circunstancias en distintos aspectos que no dejan de ser de gran relevancia. Es la única manera de ser martiano y marxista. Hagamos el análisis del tema filosófico que de manera concreta planteó la Revolución cubana cuando Fidel y el Che, desde los años 60, insistieron en la importancia de los factores morales.

Uno de los problemas más complejos que ha tenido la historia de las ideas dentro de la cultura de la civilización occidental ha sido la relación entre lo que, en su forma más concreta y elemental se llamó, en los años 60, estímulos morales versus estímulos materiales. Este tema fue uno de los que más interesaron y preocuparon al Che.

A casi medio siglo de distancia de aquellas polémicas, hay que ir a su esencia y abordar su examen en un plano mucho más amplio para poder entender qué era lo que se estaba discutiendo. Envueltos en abordar problemas coyunturales y, desde luego, apasionado por la búsqueda de sus maneras concretas de solución, no pudimos ir entonces a su más profunda raíz. Como luego subrayamos, esto se relaciona con los vínculos entre la superestructura y la base económica, y uno de sus puntos nodales está en la ética o la moral.

Subestimar lo espiritual es un error mayor si se trata y de esto es de lo que se trataba en las polémicas de los años 60 del análisis de los móviles y orientación del comportamiento humano. Porque es en el comportamiento humano donde se genera la vida espiritual. En el fondo de aquellos errores estuvo haber intentado trasladar una verdad filosófica el factor de última instancia al análisis concreto de la conducta de los hombres, que es, en todo caso, un factor de las primeras instancias. Marx ni mucho menos Engels plantearon, en el plano filosófico, que los factores económicos son los únicos determinantes. Esto se ve, con meridiana claridad, en los últimos trabajos de Engels. Algunos, al tratar

de manera reduccionista el factor económico, no lograron entender lo que planteaba el Che en la polémica entre estímulos morales y materiales. En ese sentido, la agudeza dialéctica del héroe guerrillero le permitió arribar a conclusiones mucho más cercanas a la esencia del pensamiento humanista de Marx.

El esclarecimiento científico y filosófico del papel de la subjetividad en la historia social puede hacerse con la experiencia del siglo XX y a partir de la filosofía y las ideas éticas cubanas. En lo subjetivo está el tema central de la cultura cubana que brinda orientación adecuada para interpretar correctamente la interrelación dialéctica que existe entre las leyes económicas y las categorías de la superestructura. El haber ignorado esta vinculación constituye, como hemos insistido, la causa fundamental del derrumbe del socialismo real. Para resaltar el papel de la cultura y por tanto de la ética, es indispensable estudiar el pensamiento de los grandes pensadores cubanos del siglo XIX.

Es que el siglo XX concluye con una gran interrogante filosófica de enorme importancia para la práctica política: el carácter de lo que se ha llamado objetividad y lo que se denominó subjetividad. Solamente a partir del pensamiento materialista y dialéctico podremos entender hoy la dimensión del drama. Para quienes rechacen la palabra materialismo les aclaramos que queremos decir pensamiento y métodos científicos y, para mayor esclarecimiento, procuramos encontrar la luz en el maestro José de la Luz y Caballero.

Veamos qué entendía Luz por la integralidad llevándola, incluso, hasta los métodos de investigación. Ella está dirigida precisamente a la búsqueda de la integralidad de las diversas esferas de la cultura, la ciencia y la educación. Luz estaba interesado en [...] *demostrar cuán difícil es separar los fenómenos que constituyen las ciencias morales de aquellas que dan origen a las que llamamos intelectuales, atribuyéndoles un origen y naturaleza diversos, pues para mi ver no son más que diferentes modos de ver una misma ciencia [..]*. Esto es, existe la misma relación entre la moral y las ciencias intelectuales que la que se versa entre la química y la física.

Esto lleva a Luz, en primer lugar, a los métodos de investigación. Critica a los que sugieren que existan dos tipos de investigaciones contradictorias: [...] *la interna y la externa no siendo ella en realidad más que la misma función, ora aplicada al conocimiento de los objetos exteriores, ora al de los fenómenos*

internos; por lo cual sólo la razón de su objeto, pero no de su principio, podrá clasificarse la observación como interna y externa; modo de clasificar que no es de lo más claro ni científico y por lo mismo tanto más tachable en este género de investigaciones que más que ningunas otras deben hermanar el precepto con el ejemplo en materia de precisión [...]

La enorme significación de estas conclusiones queda de manifiesto cuando apreciamos que hoy el problema clave que debe dilucidar el pensamiento filosófico en el siglo XXI es precisamente la relación entre lo que en el siglo XX se denominó objetivo y subjetivo.

Un punto importante del pensamiento de Luz se halla en la siguiente formulación *todas las escuelas y ninguna escuela he ahí la escuela*, y en su afirmación de que *para vestir un santo no debe desvestirse a otro*. Estas concepciones se relacionan con los métodos de carácter electivo para la adquisición de los conocimientos que tomó de las enseñanzas de su tío José Agustín Caballero. Rechazó el eclecticismo porque conducía a conclusiones amalgamadas y confusas al servicio de los intereses creados y porque carecía de un diseño matriz esencial. Se elige para algo, es decir, con algún objetivo. Dentro de la tradición cultural cubana, el propósito de elegir va orientado a hacer prevalecer la integralidad de la cultura para orientar el camino hacia la práctica de la justicia.

Es necesario conocer dónde estuvieron los errores de interpretación sobre el tema de la subjetividad en el llamado “socialismo real”. Tal como interpretaron las relaciones entre las categorías objetivo y subjetivo, en las corrientes prevalecientes en la práctica marxista del último siglo quedaron sin resolverse científicamente el papel de la cultura, la ética y la política en el nacimiento, crecimiento y muerte de las civilizaciones. Podrá achacarse la responsabilidad de este hecho a las teorías de Marx, yo no lo creo, ésta es una discusión de carácter académico que no entro aquí a debatir. Para mí, como marxista, lo más importante es la interpretación que del pensamiento de Marx y Engels debemos tener en el siglo XXI, para que nos ayude en la práctica. Lo necesitamos para asumir una interpretación filosófica eficaz y que ella nos oriente el camino hacia el ideal socialista. Por consiguiente, nosotros lo interpretamos a partir de los textos de Marx y Engels y sobre la base de la experiencia de nuestra sociedad en el siglo XX.

En la primera crítica al materialismo, anteriormente a ellos, los fundadores de la teoría socialista señalaban la subestimación de los factores subjetivos.

En la primera tesis sobre Feuerbach, Federico Engels plantea:

El defecto fundamental de todo el materialismo anterior incluido el de Feuerbach es que sólo concibe las cosas, la realidad, la sensoriedad, bajo la forma de objeto o de contemplación, pero no como actividad sensorial humana, no como práctica, no de un modo subjetivo. (El subrayado es nuestro).

En el Origen de la familia, la propiedad privada y el Estado, Engels señala:

Con este régimen como base, la civilización ha realizado cosas de las que distaba muchísimo de ser capaz la antigua sociedad gentilicia. Pero las ha llevado a cabo poniendo en movimiento los impulsos y pasiones más viles de los hombres y a costa de sus mejores disposiciones. La codicia vulgar ha sido la fuerza motriz de la civilización desde sus primeros días hasta hoy; su único objetivo determinante es la riqueza, otra vez la riqueza y siempre la riqueza, pero no la de la sociedad, sino la de tal o cual miserable individuo. Si a pesar de eso han correspondido a la civilización el desarrollo creciente de la ciencia y reiterados períodos del más opulento esplendor del arte, sólo ha acontecido así porque sin ello hubieran sido imposibles, en toda su plenitud, las actuales realizaciones en la acumulación de riquezas.

El impulso a las pasiones más viles de los hombres y sus mejores disposiciones está en la esencia de lo que llamamos subjetividad. Luego, la contradicción se halla en el propio hombre, o mejor, en los hombres, y, por tanto, en la sociedad nacida de ellos. Engels señala ejemplos muy concretos en su valiosa carta a José Bloch de septiembre de 1890:

Somos nosotros mismos quienes hacemos nuestra historia, pero la hacemos, en primer lugar con arreglo a premisas y condiciones muy concretas. Entre ellas, son las económicas las que deciden en última instancia. Pero también desempeñan su papel, aunque no sea decisivo, las condiciones políticas, y

hasta la tradición, que merodea como un duende en las cabezas de los hombres. También el Estado prusiano ha nacido y se ha desarrollado por causas históricas, que son, en última instancia, causas económicas. Pero apenas podrá afirmarse, sin incurrir en pedantería, que de los muchos pequeños Estados del Norte de Alemania fuese precisamente Brandeburgo, por imperio de la necesidad económica, y no por la intervención de otros factores (y principalmente su complicación, mediante la posesión de Prusia, en los asuntos de Polonia, y a través de esto, en las relaciones políticas internacionales, que fueron también decisivas en la formación de la potencia dinástica austríaca), el destinado a convertirse en la gran potencia en que tomaron cuerpo las diferencias económicas, lingüísticas, y desde la Reforma también las religiosas, entre el Norte y el Sur. Es difícil que se consiga explicar económicamente, sin caer en el ridículo, la existencia de cada pequeño Estado alemán del pasado y del presente o los orígenes de las permutaciones de consonantes en el alto alemán, que convierten en una línea de ruptura que corre a lo largo de Alemania la muralla geográfica formada por las montañas que se extiende de los sudestes al Tauno.

Lo que no se entendió es que para Marx y Engels, y en ello insistió este último, es que ellos conciben como elemento esencial entre ambos factores una relación de causa y efecto. En este caso entran las categorías económicas y de la superestructura de forma tal que sin las últimas no existen las primeras. Sin el derecho y la ética no hay propiamente economía. Quebrando la ética y los principios del derecho que sustenta la sociedad se da pasa a una crisis como está ocurriendo hoy en el sistema norteamericano.

Desde la perestroika se dijo, con intención de restarle importancia a la cultura, que en lo adelante Marx quedaría como una cuestión cultural. Yo pensé ¿y les parece poco? Por ahí precisamente empezó Marx. Para enfrentar concretamente el análisis de su importancia práctica es preciso estudiar los componentes más universales del hecho cultural en sí. Se refieren, entre otros, a los siguientes:

- al lenguaje, incluida desde luego la escritura;
- los sistemas éticos;
- los sistemas de derecho.

Ahí está el núcleo esencial inicial de la cultura. Las leyes descubiertas

por Marx y Engels existen y se desarrollan a partir de estos tres factores, fuera de ellos no tienen existencia real. Es metafísica hablar de leyes económicas sin tener en cuenta el lenguaje que se emplea, la ética que aspiramos aplicar y el sistema de derecho que pongamos en práctica. La comprensión de las luchas ideológicas sin el estudio de estas tres formas esenciales de la conciencia social sería incompleta o conduciría a juicios erróneos. Desde luego, ellas actúan a partir del desarrollo de las fuerzas productivas alcanzado en una sociedad dada y con el apoyo de las formas de hacer política y la práctica de la educación entendida esta última en su acepción más amplia.

No se entendió bien en la práctica socialista predominante en el siglo XX que las concepciones de Fidel y el Che concebían una relación dialéctica entre lo ético como sistema de normas de conducta social de un lado, y el análisis riguroso y científico de la realidad, del otro.

La subjetividad tiene una fundamentación materialista y, si se quiere utilizar mejor la palabra, digamos científica en tanto el hombre y su creación cultural también forman parte de la unidad material del mundo o de la integralidad esencial que se observa en la naturaleza.

El socialismo, como sistema más avanzado de la historia, debe plantearse una ética y unas normas de derecho no para una clase o para un grupo, sino para toda la humanidad. Es por la ética y el derecho por donde hay que empezar a conocer los nuevos caminos del socialismo en el mundo. Al Comandante Guevara se le acusó de no atenerse a las leyes económicas, sin embargo, el propósito del Che y de Fidel estaba en superar desde la izquierda el mundo bipolar y como esto no ocurrió se hizo desde la derecha.

Los soviéticos en las décadas posteriores a la II Guerra Mundial ignoraron las leyes económicas cuando postularon las necesidades del socialismo sobre la base de los acuerdos de Yalta y Potsdam, y es que no asumieron a plenitud una categoría de la superestructura esencial para el socialismo: la liberación del hombre por el hombre a escala mundial. Sin ética no hay socialismo.

Quizás haya quienes digan que estas conclusiones filosóficas no tienen relación con las necesidades inmediatas de la práctica, pero ¿hay algo más práctico que el derecho, la ética, la educación y la política? Hoy sería imposible defender con certeza el ideal socialista si no se parte de la cuestión moral y si no se valora que ésta constituye un elemento fundamental en la cultura y en las necesidades de comunicación social.

En el lenguaje, la ética y los sistemas están la médula de la cultura porque de las mismas parten los elementos fundamentales para la comunicación interhumana. En el socialismo, la ética se expresa en el ideal universal de justicia que hay que plantearse como un gran desafío a escala planetaria y tal aspiración se sitúa en las potencialidades y posibilidades humanas de la lucha concreta diaria. Esto como ética y aspiración aunque en la realidad no se logre, pero serían profundas limitaciones ética no plantearse el ideal de justicia con valer universal.

Si se repasa la literatura política, social y filosófica del siglo XX, se encontrará que en el sustrato de todas ellas se halla, tanto en lo que llaman izquierda como derecha, el pensamiento socialista, y dentro del mismo el de Marx y Engels. Esto para apoyarlo o para tergiversarlo, pero siempre ese tema figura como un fantasma que recorrió y recorre el mundo. Es necesario, por tanto, descubrir el carácter y la naturaleza de los errores filosóficos que se cometieron en relación con el pensamiento de estos sabios. Ellos están expresados en las líneas expuestas y también en la carta que Federico Engels dirige a José Bloch.

Las raíces fundamentales de las ideas filosóficas de la cultura se pueden encontrar en los más grandes descubrimientos científicos de la historia de Occidente. Que el sistema social dominante, en Europa y en Estados Unidos, no haya extraído las conclusiones filosóficas que se derivan de sus grandes descubrimientos científicos, es prueba de su incapacidad para comprender el recorrido, desde la más remota antigüedad, de la ciencia y de la cultura creadas por el hombre. Correspondió, sin embargo, a José Carlos Mariátegui, desde Idoamérica, con su saber profundo, en especial con la guía del materialismo histórico, exaltar el significado de los descubrimientos de estos tres hombres: Darwin, Marx y Freud. Afirmó que eran rechazados por las masas por razones psicológicas ya que se resistían a admitir los aportes que para la cabal comprensión del hombre y de la sociedad habían hecho estos tres sabios. Sin embargo, decía Mariátegui, lo grande del hombre reside precisamente en que habiendo nacido de esas raíces el reino animal, la economía y el sexo se elevó a las más altas escalas de la espiritualidad. Esta concepción está en el sustrato del pensamiento de Martí y de la cultura cubana decimonónica.

La singularidad humana en la historia universal radica en que el hombre toma conciencia de su propia existencia, de su pertenencia a la naturaleza y se a

plantea como exigencia descubrir y descifrar el misterio de lo desconocido. Es el único ser viviente que tiene ese reto, de ahí nace la cultura hasta convertirse en segunda naturaleza. Ella es, a la vez, claustro materno y creación de la humanidad. No hay hombre sin cultura y ésta no existe sin el hombre y este afán por descubrir lo lleva al extremo de intentar encontrar el sentido de su creación. No hay, obviamente, respuesta racional a este interés humano, sin embargo, en parte la puede hallar aquí en la tierra cuando asume que todos los hombres, sin excepción, tienen derecho a una vida plena de felicidad tanto material como espiritual y, por tanto, facilitar que supere la enajenación social a que está sometido. Ahí nacen la ética y la necesidad de ejercer la facultad de asociarse que Martí sitúa como el *secreto de lo humano*.

Alguien me dijo una vez críticamente que yo consideraba que todo era cultura. Le respondí: la cultura está en todo y donde no se halla se encuentra la ignorancia, el camino de la barbarie y también la mediocridad carente de entusiasmo creativo. Recordaba Luz y Caballero que el entusiasmo nunca fue patrimonio de los mediocres.

Estas ideas vienen de la tradición espiritual de la nación cubana y están presentes en la política de nuestra Revolución triunfante el 1º de Enero de 1959. Félix Varela -dijo Luz y Caballero- nos enseñó a pensar. Podríamos agregar: Luz y Caballero nos enseñó a conocer, José Martí a actuar y Fidel Castro a vencer.

Todo este aporte del patrimonio cultural cubano, de la unión entre pensar, conocer, actuar y vencer resulta cada día más necesario para enfrentar los retos políticos, ideológicos y culturales del siglo XXI. Debemos asumir plenamente estos desafíos con Martí y sus radicales concepciones acerca de la educación como medio eficaz para alcanzar la felicidad y el mejoramiento humano: *Ser culto es el único modo de ser libre*.

El drama ha tomado dimensión infinitamente superior al de cualquier época anterior y las dificultades son también infinitamente mayores que nunca antes, pero no deja de ser el drama humano y como tal hay que enfrentarlo. Cuando se debata acerca del futuro de la civilización y de la idea del progreso en estos inicios de siglo hay que tomar en cuenta un principio esencial de la filosofía de Marx y Engels. No se trata de describir los fenómenos, sino de que el hombre emprenda las acciones necesarias a favor de la liberación humana.

Ha llegado la era de que la filosofía se ocupe, además de interpretar el

No se trata de plantearse un modelo, sino de un principio ético universal: la liberación del hombre por el hombre sin la cual la historia habrá concluido y no precisamente al modo que predijo un tecnócrata del imperio, sino de verdad.

Para defender los intereses de las masas trabajadoras y explotadas, que son los de la humanidad, y enfrentar los elementos del desorden que el sistema social imperialista está generando, debemos exaltar la historia de la cultura humana desde la más remota antigüedad hasta este nuevo milenio sin traumas ni “ismos” ideologizantes que desde el mítico Prometeo encadenado, viene imponiéndole freno de forma dramáticamente recurrente a la imaginación, la inteligencia, la ternura y al espíritu solidario y asociativo que se halla potencialmente vivo en la conciencia y naturaleza humana.

Desde Cristo y Espartaco hasta Che Guevara hay una historia de retrocesos y avances, pero ha quedado en pie, erguida, la imagen de los grandes forjadores de las ideas redentoras y es obligación de quienes sentimos el ideal cubano orientados por la cultura contenida en la *Polémica Filosófica* y en el pensamiento de José Martí, alertar sobre los gravísimos problemas de desintegración cultural que una nueva fase de internacionalización de la riqueza desarrollada sobre bases imperialistas está creando en el mundo.

Cuba presenta como respuesta a la fragmentación y decadencia de las ideas modernas que se observa hoy en el mundo, la solidez de un pensamiento cultural orientado a la integración y el equilibrio que tiene raíces en la mejor tradición occidental la que desde José Martí los cubanos venimos renovando y actualizando con los progresos de la ciencia y la cultura universal.

Un pensamiento de Fidel Castro nos puede servir de guía esencial para emprender esta tarea:

El gran caudal hacia el futuro de la mente humana consiste en el enorme potencial de inteligencia genéticamente recibido que no somos capaces de utilizar. Ahí está lo que disponemos, ahí está el porvenir [...]

Imprenta Oficina del Programa Martiano

Segunda Edición Junio-2006

Zulueta No.456, Habana Vieja, Ciudad de La Habana, Cuba

Para Armando Hart Dávalos (13 de Junio de 1930), el análisis de la historia se enriquece y completa con cada etapa transcurrida. En este ensayo, que presentamos formando parte de la Colección Pensamiento, el autor asume como una obligación y una necesidad llevar a cabo, desde la perspectiva del inicio de un nuevo siglo y un nuevo milenio, ese análisis que nos permita arribar a una síntesis de lo ocurrido en las dos últimas centurias, desde los tiempos forjadores de la nacionalidad hasta nuestros días. Para él es también un compromiso internacional investigar y descubrir las claves que hicieron factibles y necesario el papel desempeñado por el país en la segunda mitad del siglo que acaba de finalizar. Estamos en presencia de una visión abarcadora de complejos procesos desde la óptica de una figura vinculada a la génesis y desarrollo de la Revolución cubana, que ha sido Ministro de Educación (1959-1965) y de Cultura (1976-1997) y que ha ocupado también importantes responsabilidades en la esfera del trabajo político. Sus reflexiones acerca de la política cultural, de la relación entre historia y sociedad, de la cultura y el desarrollo y acerca del papel de las ideas en el desarrollo social, están contenidas en numerosos ensayos, artículos y libros.

SOCIEDAD CULTURAL **José Martí**